

y le preguntó:—«¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?»—El indio, temeroso y avergonzado, se puso de rodillas, y respondió:—«Niña mía muy amada y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y tío mío de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco en la ciudad á llamar á un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle, que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta».

Oyó María con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:—«Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano».

Juan Diego quedó consoladísimo con estas suaves palabras, y se ofreció á llevar al Obispo la señal, que le diera María. La celestial Señora le ordenó que subiera á la cumbre del cerro, que cortase todas las rosas que hallara, las recogiese en su capa ó *tilma* (1), y des-

(1) *Tilma* se llama en Méjico la capa de monte con que se cubren los indigenas. La de Juan Diego era *ayate* es decir, jerga hecha de filamentos de magüey (especie de pita): un escritor cree que era de filamentos de palma.

pués le enseñaría lo que debía hacer. Obedeció el indio sin réplica á pesar de que sabía no haber flores en aquel sitio, compuesto de rocas agrestes. Encontró hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas, aljofaradas; y, poniéndose la tilma como acostumbran los indios, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y las llevó á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, llamado de los indigenas *Cuauzahuatl*, que es tanto como *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual es silvestre, ni produce fruto, y sólo da flores blancas, semejantes á las de la azucena.

La Virgen cogió en sus benditas manos las flores, las acomodó en la tilma de Juan Diego, y le dijo: «Ve aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por prenda de estas rosas haga lo que te ordeno. Y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza en tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y dile lo que te he mandado hacer ahora; y con esto se animará á poner manos á la obra de mi templo».

Con tan amorosas palabras le despidió la Soberana Virgen. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría feliz acabamiento la embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar ninguna, las miraba de cuando en cuando gustando de su fragancia y hermosura. Ésta fué la cuarta y última aparición de la Santísima Virgen al venturoso mejicano.

VI

PINTURA CELESTIAL

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje á la morada del Prelado; y, habiendo rogado á varios sirvientes de

Palacio que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que en su tilma ocultaba alguna cosa. Quisieron registrarla; y aunque Juan Diego resistió lo posible, al fin vióse obligado á descubrir un tanto lo que llevaba. Viendo que eran rosas, y tan bellas, quisieron coger algunas; mas al aplicar tres veces las manos, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron noticia de todo lo ocurrido al señor Obispo, el cual llamó al indio. Éste expuso humildemente que traía la señal pedida; y desplegando su capa cayeron al suelo las rosas, y además se vió pintada en ella la imagen de María Santísima, que es la misma que hoy día se venera.

Admirado el Ilmo. Sr. Zumárraga del prodigio de las rosas frescas, balsámicas y con rocío en el rigor del invierno, y sobre todo emocionado al contemplar la imagen maravillosa, cayó de rodillas para venerarla, cuyo ejemplo fué seguido por todos los familiares que estaban presentes. Luego desató el nudo posterior de la manta del indio, y la llevó á su oratorio, donde la colocó con decencia, después de haber dado gracias á nuestro Señor y á su divina Madre. Detuvo aquel día en su palacio al afortunado neófito y le agasajó con indecible cariño. Al siguiente le ordenó le acompañase para indicar el sitio, en que la Santísima Virgen quería que se edificase el templo.

Con la mayor ingenuidad señaló los sitios en que había visto y hablado cuatro veces á la Madre de Dios. Pidió permiso en seguida para ir á ver á su tío enfermo. El señor Obispo se lo otorgó de buen grado, dándole compañeros de confianza é indicándoles, que si Juan Bernardino había sanado lo trajesen á su presencia. Efectivamente encontraron sano de su dolencia á Juan

Bernardino, el cual declaró, que á la hora fijada por Juan Diego, se le había aparecido la Santísima Virgen y le había insinuado que era voluntad suya se le edificase templo en el lugar en que la había visto su sobrino, y así mismo que su imagen se llamase *Santa María de Guadalupe*.

Tocante al origen de este nombre de *Guadalupe*, con que se venera á la Santísima Virgen, no están de acuerdo los escritores. Becerra Tanco opina que no sería esta palabra la que oyó Juan Bernardino, pues la lengua azteca carece de las letras *G* y *D*, y por esa razón los indios no pueden pronunciarlas. Quizás, dice, la palabra indicada por el indio sería *Tecuatlanapeuh*, que se pronuncia *Tecuatlanupe*, y quiere decir *brotado de la cumbre de las peñas*, ó bien *Tecuantlaxopeuh*, que se pronuncia *Tecuatlasupe*, y significa *Vencedora del demonio*, y literalmente traducida: *La que ahuyenta á los que nos comían*. Los españoles, que modificaban las palabras aztecas amoldándolas á la lengua castellana, la convirtieron en Guadalupe. Sin embargo, sabios y prudentes historiadores se inclinan á creer que el nombre indicado por la Santísima Virgen fué *Guadalupe*, el cual se compone de dos palabras árabes que significan *Río de luz*, significación muy adecuada al milagro.

Antes de pasar adelante en la narración, daremos idea de la imagen, tomándolo de la descripción que hace el insigne pintor Cabrera. «La sobrehumana pintura, dice, nos representa á la Virgen como se acostumbra comunmente á representarla en el misterio de su Inmaculada Concepción. Tiene el semblante de una Indita de linaje real, de la edad de catorce á quince años; está de pie en una media luna que descansa sobre la cabeza de pequeño ángel vestido de túnica roja: el cual, como si se asomara de entre las nubes que forman el contorno de la imagen, sostiene con una mano la

extremidad del manto, y con la otra la de la túnica que en largos pliegues cae sobre los pies. La modestia, hermosura y amabilidad de su rostro, cuya tez es poco más morena que el color de la perla; las mejillas sonrosadas del rubor virginal de la inocencia; los ojos bajos y como de paloma, apacibles y de benévola mirada ligeramente inclinados; las manos juntas y unidas sobre el pecho en ademán de quien humildemente ruega; todo el conjunto, en fin, de sus facciones, hace lo que suele decirse «belleza inimitable de encanto virginal y divino». Está vestida de túnica rosada con sobrepuestos ó arabescos de flores de oro; y le ajusta al cuello un botón amarillo en cuyo medio campea una pequeñita cruz de color negro bruñido. Á su cintura tiene faja morada de dos dedos de ancho, que remata debajo de las manos en lazo de cuatro hojas. El manto es de color entre verde y azul, y está todo sembrado de estrellas. Cuéntanse 46 estrellas visibles, 22 por el lado derecho, y 24 por el otro lado. Tiene la cabeza devotamente inclinada á la mano derecha, y sobre el manto que la cubre «una corona de diez rayos ó puntas de oro» (1). Toda la imagen, en fin, tiene como por respaldo el sol, que hermosamente la rodea, despidiendo ciento veintinueve rayos, algunos un tanto serpenteados, y los otros rectos, dispuestos alternativamente, sesenta y dos por el lado derecho, y sesenta y siete por el otro. Sirve de fondo al sol el campo, que se deja ver sus rayos y que en contorno de la imagen es tan blanco que parece estar reverberado, y después se le introduce un color amarillo algo ceniciento, y concluye sobre un contorno de nubes de colorido un poco más bajo que rojo, que forman como un nicho, en

(1) Al hacer los preparativos para la solemne coronación de la Virgen se notó que esta corona había desaparecido «sin ninguna huella de raspadura ú otra violenta acción humana».

cuyo centro está colocada la sobrehumana imagen de la Patrona y Madre de los mejicanos» (1). Según el sentir del mismo insigne artista, la pintura de la imagen es admirable en su ejecución y ella sola prueba su origen sobrenatural y divino. Sólo dos géneros de pintura se conocen, al óleo y al temple, según se aplican los colores con aceite ó sin él; pero como, cuando no se usa el aceite, pueden aplicarse con colas ó gomas, con agua ó de antemano preparados, se distinguen cuatro especies de pintura, al óleo, al temple, al aguazo y labrado al temple. Á lo que parece, en el cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe la cabeza y las manos están al óleo; la túnica y el ángel con las nubes que le sirven de orla, al temple; el manto, de aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, se percibe como de pintura labrada al temple. Jamás pintor alguno pensó en reunir en una sola tela y obra los cuatro géneros de pintura, ni, aun ocurriéndosele, hubiera podido ejecutarlo, porque cada especie exige distintas preparaciones, y éstas son entre si opuestas. Para pintar artística y duraderamente, cualquiera que sea el género de pintura, es indispensable el aparejo, es decir, la preparación destinada á recibir convenientemente los colores; pues sin ella éstos no tendrían consistencia ni producirían el colorido deseado. En el ayate, que sirvió de lienzo á la maravillosa pintura de Nuestra Señora de Guadalupe, no existe aparejo de especie alguna, como lo persuade el que un mismo aparejo no podría adaptarse á cuatro géneros de pintura, que lo exigen cada una distinto; y además, que al través de la tela se ven los objetos que están de la otra parte, lo cual sería imposible, si se interpusiese la opacidad de cualquier disposición en el lienzo.

(1) Cabrera, *Maravilla Americana*, párrafo 8.º

VII

PRIMERA ERMITA

Luego que se divulgó la fausta noticia de que la Virgen Madre de Dios se había aparecido á los indios y había dejado milagrosamente grabada en la tilma de uno de ellos el trasunto de su hermosura, se reanimaron los abatidos mejicanos. De todos los barrios de la populosa ciudad y de sus contornos acudían muchos á cerciorarse de la verdad del milagro y á venerar la imagen de su augusta Protectora. Siendo demasiado estrecho el oratorio del Obispo para contener las muchedumbres ávidas de contemplar con sus propios ojos la maravillosa pintura, el Sr. Zumárraga la hizo colocar en el retablo del altar principal de la iglesia mayor. En uno de los altares del lado se pusieron las rosas, que, después de secas, se repartieron como reliquias entre las familias más distinguidas y piadosas. Allí permaneció la imagen hasta el 26 de Diciembre del mismo año. 1531, en que fué trasladada á la ermita, que en el breve espacio de quince días se le había fabricado al pie del Tepeyac. Era de adobes, y de tan reducidas dimensiones, que sólo tenía doce metros de largo por diez de ancho el espacio de su planta. Tan cierto es que las obras de Dios empiezan comúnmente por la pobreza de Belén ó la desnudez del Calvario.

La traslación se verificó con la mayor piedad y con demostraciones de indecible júbilo. El Sr. Zumárraga invitó á los religiosos franciscanos y dominicos, á los pocos clérigos que entonces había, al Presidente y Oidores de la Real Audiencia, al Ayuntamiento, á los

militares y al pueblo en general para llevar la imagen en devota procesión. El camino de la ciudad al Tepeyac, que mide una legua de distancia, estaba cubierto de arcos y enramadas, el suelo alfombrado con hierbas olorosas y muchas y variadas flores, que habían traído de los pueblos de tierra templada.

La imagen era conducida por religiosos franciscanos en andas cubiertas de mosaicos de plumas, mientras otros sacerdotes le iban cantando salmos é himnos, alternando con la reducida música militar que había. Después iba el venerable Obispo, con los pies descalzos, edificando á las turbas su regocijo y devoción. Más de cien mil indios, según afirma el P. Florencia de la Compañía de Jesús, le acompañaban, unos por tierra con danzas y músicas, otros por las aguas en canoas, simulando combates que llamaban *salomas guerreras*. Aquellas muchedumbres pregonaban en su idioma las alabanzas de la Madre de Dios, exclamando en himno sublime: ¡*Cihuapilli! Cihuapilli Tonantzin: Cihuapilli Teonantzin.* ¡Noble indita! Noble indita, nuestra Madre. Noble indita, Madre de Dios.

Estos gritos de amor quebraban las olas de los hermosos lagos del Anáhuac é iban á repercutir en los flancos de sus altísimas montañas. Así llegaron á la ermita; y después de las ceremonias sagradas de la bendición, la imagen fué colocada en el altar entre cánticos y voces de júbilo; y el Sr. Zumárraga celebró el augusto sacrificio de la misa. Los indios continuaron todo el día sus festejos y danzas, alternando con alabanzas á la Virgen. El cacique de Atzacapozalco, que en el bautismo había recibido el nombre de Francisco Plácido, cantó en verso, á la manera que los naturales acostumbran cantar los hechos memorables de su nación, todo el suceso ocurrido. Á modo de estribillo repetía con frecuencia: *La Virgen es de nosotros, los indios,*

nuestra limpia Madre y Señora: La Virgen es de los indios.

El Señor quiso mostrar con un prodigio cuán gratos le eran los obsequios tributados á su Santísima Madre. Entre otros festejos que hicieron los indios en este día, hubo un simulacro de guerra con sus canoas en la laguna próxima á la ermita, disfrazándose unos de chichimecas y otros con sus trajes militares de aztecas. En medio de este combate una saeta desmandada imprevistamente del arco de un azteca pasó de parte á parte el cuello de un indio del lado contrario, dejándole muerto en el acto. Un grito de dolor se escapó del pecho de todos los circunstantes, é instintivamente invocaron el amparo de la Santísima Virgen. Llevaron el cadáver á los pies de la santa imagen; y en el momento de extraerle la saeta volvió á la vida perfectamente sano, habiéndole quedado sólo las cicatrices de la herida, las cuales le duraron en prueba del prodigio todo el resto de la vida, que consagró á servir á su Bienhechora en la primera ermita. También el dichoso Juan Diego se dedicó al servicio de la Santísima Virgen en su ermita, después de haber dejado su pueblo para siempre, sus casas y tierras á un tío suyo.

Sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentito junto al santuario, donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño con licencia del Sr. Obispo Zumárraga. Barría la iglesia, la perfumaba, rezaba de continuo y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre. Era hombre ejemplar, temeroso de Dios, de recta conciencia y laudables costumbres. Tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor y se encomendaban á sus oraciones: no había padre ni madre entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos esta bendición: *Dios*

os haga como á Juan Diego. Murió en 1548 de 74 años de edad (1).

En el mismo mes y año murió el Ilmo. Sr. Zumárraga. Rara coincidencia, que nos hace presumir que la piadosísima Madre de Dios los llevó juntos al cielo, para que vieran el original de la maravillosa copia que juntos habían recibido en la tierra. La tradición señala como habitación de Juan Diego el sitio ocupado actualmente por el bautisterio de la parroquia. Una inscripción antigua, conservada en la sacristía del mismo templo, asegura que allí yace su cuerpo.

VIII

CONVERSIÓN DE LA NACIÓN MEJICANA Á LA FE

El primero de los efectos sorprendentes de la Aparición de la Virgen fué la rápida conversión de Méjico á la fe de Nuestro Señor Jesucristo. La Virgen de Guadalupe puede decir á los mejicanos como San Pablo á los fieles de Corinto: *Yo os he engendrado por la predicación del Evangelio.* Efectivamente, tristísimo era el estado de idolatría en que yacía la raza azteca que dominaba en este país á la llegada de los españoles. Su número no bajaba de treinta millones de habitantes. Cuarenta mil templos, donde se rendía culto á innumerables ídolos, había diseminados en la vasta extensión del imperio. Sólo en la ciudad contaban dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres. Un millón de sacerdotes, raza privilegiada, atendía al servicio de otros tantos altares.

(1) En el Congreso Católico Mejicano, celebrado en la Ciudad de Morelia en el mes de Octubre de 1904, se acordó pedir á la Santa Sede la Beatificación del humilde Juan Diego.